



ARCE MARTÍNEZ, Javier. *Bárbaros y romanos en Hispania (400-507 A.D.)*. Madrid: Marcial Pons, 2017 (3ª edición). Colección Marcial Pons Historia. 326 págs., ils. [15 x 22].

Nos hallamos ante la segunda parte de una trilogía sobre Hispania en la Antigüedad tardía que el autor inició en 1982 con *El último siglo de la España romana (284-409)*, obra en la cual se analizaba críticamente el período final del poder imperial en la Península. El presente volumen continúa la historia de esta área geográfica desde la entrada de los pueblos germánicos hasta la batalla de Vouillé; es decir, que estudia la formación de los reinos suevo y visigodo en una Hispania donde todavía gobernaba Ravena, un período, el siglo V, para el cual no abundan las fuentes –básicamente Ydacio, de cuya *Chronica* dependemos en exceso– y los escasos datos a menudo crean vacíos irresolubles para los que sólo un minucioso examen de los documentos –con atención especial al léxico– puede ofrecer alguna hipótesis. Arce sigue fiel a su estilo ameno y a su aguda pluma del mismo modo que no rehúye la polémica y, en ocasiones, se posiciona de un modo controvertido. Pero las hipótesis son verosímiles –aunque discutibles, en ocasiones– y la lectura resulta muy agradecida.

Después de un prólogo erudito que evoca el célebre poema de K. Kavafis acerca de la llegada de los bárbaros (p. 13-18) y de los obligados agradecimientos (p. 19-20), una introducción (p. 21-29) que reconsidera los apocalípticos relatos del obispo de Chaves precede al cuerpo del volumen. El estudio se divide en seis capítulos (p. 31-284), de los cuales el primero es cronológico y el resto, temáticos, incorporando un escueto epílogo que allana el camino a la tercera parte de la trilogía; de todos ellos se tratará en breve, pero concluyamos antes la estructura del libro. Al grueso del análisis lo complementan las notas del autor a la segunda edición (p. 285-286), un par de anexos –Anexo 1: tablas cronológicas (p. 287-288); Anexo 2: fuentes y abreviaturas (p. 289-295)–, la bibliografía citada (p. 297-315, con algunas carencias, en especial de historiografía española reciente), la lista (p. 317-318) de 28 ilustraciones –algunas imágenes de piezas arqueológicas, pero principalmente mapas y plantas– y, por último, un índice temático (p. 319-326).

Por cuanto respecta a los capítulos que articulan esta obra, el primero (“Bárbaros y romanos”, p. 31-149) relata y revisa los acontecimientos conocidos para la Hispania entre el 400 y el 480, aproximadamente. Y lo hace hilvanando el hilo de la Historia a través de algunos de los episodios mejor documentados, episodios que se centran casi por completo en las tres primeras décadas del siglo V: la usurpación de Constantino III y sus consecuencias hispanas, el establecimiento de suevos, alanos y vándalos y su suerte hasta mediados de la centuria o la escalonada entrada de los godos en la Península. Como quiera que esta primera parte agrupa el relato cronológico, hallamos frecuentes remisiones a lo largo de todo el libro que evitan innecesarias reiteraciones de los hechos analizados.

En el segundo capítulo (“Inseguridad y resistencia”, p. 151-187), y a guisa de *case study*, se utiliza a diversos grupos o individuos conflictivos para discernir el



alcance de la inestabilidad política y militar en Hispania. Entre bagaudas, piratas y usurpadores, encontramos la omnipresente figura del bárbaro al lado de los protagonistas de las hostilidades a mediados del siglo V. Pero, como se deduce con acierto de la interpretación de los hechos, la relación entre bárbaros y romanos no conducía necesariamente a la oposición, sino que, al contrario, verificamos un número significativo de casos en los que se evidencia la colaboración entre ambas sociedades.

Los dos siguientes capítulos tienen un objetivo común, indagar en la pervivencia o desaparición de las estructuras que permiten el control del territorio. Así, el tercer capítulo (“Continuidad y transformación”, p. 189-212) examina el estado de la administración provincial a partir de las menciones explícitas –o las alusiones implícitas– a miembros de la burocracia imperial para aseverar la continuidad del aparato de gobierno hasta mediados del siglo V. También se toma en consideración la suerte de la fundamental institución militar. Resulta un asunto discutido y bien conocido por el autor, quien zanja la cuestión de manera tajante, pues concluye que el ejército “hispano” mencionado en la *Notitia dignitatum* simplemente no existe. Aduce, como argumentos *ex silentio*, una serie de evidencias negativas que apuntan de un modo bastante claro a la ausencia de tropas de campaña en Hispania: en el período considerado, siempre que documentamos contingentes romanos en la Península, éstos vienen del exterior o, más excepcionalmente, se crean como demuestra el ejército privado de los parientes de Honorio.

En estrecha relación con estos aspectos, el cuarto capítulo (“Ciudades y *uillae*”, p. 213-243) aborda el papel de los centros urbanos –y, en menor medida, los rurales– en las provincias hispanas a lo largo de esta centuria. Los *neruii rei publicae*, en efecto, constituyen todavía el patrón básico y fundamental de gobierno regional, y así se infiere de los testimonios literarios, los cuales, de entre las urbes saqueadas por los bárbaros, tan sólo documentan la destrucción material de unas pocas; y el registro arqueológico – con sus limitaciones– tampoco ofrece signos de devastación. En consecuencia, las ciudades continúan siendo la residencia de las élites urbanas y de la administración local, y también el núcleo de las actividades económicas; asimismo, acogen una población que sabe convivir con los germánicos –incluso mejor que con los judíos– en un momento tan temprano. Por cuanto respecta a las *uillae* –también denominadas *castella*–, se estudia la evolución del uso de sus espacios arquitectónicos a la luz de las excavaciones desarrolladas en las ricas villas tardorromanas que abundan en la Península. De ambos contextos, observamos además cambios urbanísticos y habitacionales que reflejan bien el colectivo que vive en ellos.

La religión constituye el tema del quinto capítulo (“La transformación de las creencias”, p. 245-268). Se ocupa, en primer lugar, del estado de los templos paganos, así como de edificios públicos relacionados con el politeísmo clásico –y de difícil mantenimiento– tales como los teatros, anfiteatros o circos, para concluir su abandono – y escasa o nula reutilización– a lo largo del siglo V. En segundo, trata de los conflictos religiosos que afectaban a Hispania, en especial del priscilianismo. En una sociedad católica en su mayor parte, aparecen individuos heréticos que disputan –y eventualmente consiguen– la cátedra episcopal a sus homólogos ortodoxos, hecho que se enmarca en la disputa entre facciones por el poder eclesiástico. Por último, destaca la



importancia de la figura axial del obispo en las ciudades hispanas, heredero de los valores cívicos veterorromanos y representante de su comunidad ante cualquier autoridad externa. Se centra para ello en la biografía de Ydacio, tanto en su infancia en Oriente como en sus funciones de embajador suevo enviado al *magister militum* Aecio o en su defensa de la doctrina de Roma en tierras galaicas. Personalmente, considero que esta parte adolece de algunas ausencias significativas y, en particular, disiento de la interpretación de Centcelles como un grupo episcopal, aunque convengo en la falta de elementos que determinen su auténtica función o funciones.

Finalmente, el sexto capítulo (“Economía y relaciones con el exterior”, p. 269-280) versa sobre un asunto acerca del cual no hay datos suficientes. Esto supone un *hándicap* que el autor resuelve aportando las evidencias e indicios de la actividad económica, comercial e incluso fiscal de que disponemos para bosquejar un posible escenario. Así, examina las vías romanas en la Península –que cree mantienen un aceptable estado de conservación–, analiza el uso frecuente de las vías marítimas e incluso fluviales y se detiene en los contactos exteriores –embajadas, peregrinaciones, negocios– documentados en el siglo V; de todo ello, deduce que Hispania sólo producía para el consumo interno y que tenía poca incidencia en el mercado mediterráneo, el cual, por otra parte, se había regionalizado de un modo gradual desde el siglo anterior.

Concluye el volumen con un breve epílogo (“A las puertas del *regnum gothorum*: el siglo V, un siglo de transición”, p. 281-284), en el que se repasa lo expuesto a lo largo del estudio e incide de un modo particular en el impacto de la presencia germánica en la Península. Arce propugna que Hispania no se vio afectada significativamente por el establecimiento foráneo y que no se produjo un caos generalizado ni los bárbaros destruyeron las provincias que los sustentaban. Y como expresa el título de estas páginas finales, se define el siglo V como un momento de transición hacia la plena consolidación del Estado germánico –suevo, pero sobre todo visigodo– en el siglo siguiente.

En definitiva, tenemos en las manos una obra necesaria, un manual de referencia que ya ha disfrutado del éxito editorial con tres ediciones (2005, 2007 y 2017) y hasta tres reimpressiones (2011, 2013, 2015), hecho que avala la calidad y actualidad de las reflexiones expuestas en este libro.

PERE MAYMÓ i CAPDEVILA
(GRAT, Universitat de Barcelona)